

JUSSI ADLER-OLSEN

La Casa del Alfabeto

Traducción:

ANA SOFÍA PASCUAL

E  BOLSILLO

Título original:

ALFABETHUSET

© JUSSI ADLER-OLSEN, 1997

© de la traducción: ANA SOFÍA PASCUAL PAPE, 2004

Derechos cedidos por Editorial Planeta, S.A.

© de esta edición: EMBOLSILLO, 2017

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

EMBOLSILLO defiende el *copyright*©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.

Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que **EMBOLSILLO** continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN: 978-84-16087-62-4

Depósito legal: M-9.026-2017

Diseño e imagen de cubierta: Opalworks

Fotografía del autor: © Bjarke Johansen

Diseño de colección: Toni Inglès

Preimpresión: Gráficas 4, S.A.

Impresión y encuadernación por Novoprint

Impreso en España / Printed in Spain

Nota del autor y agradecimientos

Este libro no es una novela de guerra.

La Casa del Alfabeto es una historia basada en la traición que puede llegar a separar a dos personas sometidas a todo tipo de contrariedades: en la vida cotidiana entre dos cónyuges, en el lugar de trabajo o en condiciones extremas, como la guerra de Corea, la guerra de los bóers, la guerra entre Irán e Iraq o, como en este caso, la Segunda Guerra Mundial.

El hecho de que la novela se desarrolle precisamente en el marco de esta guerra se debe a varias razones. En primer lugar, soy hijo de psiquiatra y, por tanto, me crié en manicomios, que era como llamaban antes a este tipo de instituciones, durante las décadas de los cincuenta y sesenta. Y a pesar de que mi padre era excepcionalmente progresista y renovador para los tiempos que corrían, tuve la ocasión de experimentar de primera mano la manera en que se trataba entonces a los dementes. Muchos de ellos llevaban inmersos en el sistema desde los años treinta, y yo sentía gran curiosidad por conocer tanto los métodos utilizados en el tratamiento psiquiátrico como la idea que se tenía de los hospitales y los médicos, entonces y durante la guerra. A lo largo de aquellos años tuve la ocasión de conocer a un par de pacientes de los que llegué a sospechar que fingían su condición de enfermos; todo ello, visto a través de los ojos ingenuos y despiertos de un niño.

Uno de los pacientes crónicos con el que mi padre casualmente se topó en varias ocasiones a lo largo de los años sobrevivió a todo tipo de situaciones durante el tiempo que estuvo ingresado en diversos hospitales gracias a dos frases o sentencias

que utilizaba indiscriminadamente: «¡Sí, en eso tienes algo de razón!», era su comentario a casi todo, lo que, desde luego, no era decir demasiado. Y finalmente salpicaba y finalizaba cualquier situación con una expresión de sincero alivio: «¡Oh, gracias a Dios!». Él era uno de los que yo sospechaba, pues con su actitud parecía haberle dado la espalda a la sociedad para, con un fingimiento raro e incomprensible, refugiarse en la paz y la tranquilidad del sistema.

¿Es posible, sin embargo, protegerse a uno mismo y a la misma razón estando inmerso en un sistema así, si no se está realmente enfermo? Al menos resulta difícil creerlo, teniendo en cuenta los métodos más bien expeditivos que se utilizaban entonces. Y me pregunto si, por el camino, no enfermó nuestro paciente parco en palabras.

Años más tarde, mi padre volvió a encontrarse con ese paciente. Que yo sepa, fue en la década de los setenta, cuando el mundo, en muchos sentidos, se había vuelto más libre, algo de lo que también se había contagiado nuestro hombre. «¡Que te den por culo!», rezaba la tercera sentencia con la que había ampliado su repertorio. Se había dejado llevar por los nuevos vientos que soplaban en la sociedad.

Y una vez más tuve que preguntarme: «¿Estará realmente enfermo o simplemente finge?».

Las ganas de combinar estos dos objetos de mi fascinación –el posible demente y la Segunda Guerra Mundial– se vieron reforzadas ulteriormente durante una conversación que mantuve con una de las amigas ya fallecidas de mi madre, Karna Bruun. Había trabajado de enfermera en Bad Kreuznach bajo las órdenes del profesor Sauerbruch y confirmó y desarrolló una serie de teorías que yo llevaba algún tiempo defendiendo.

Bajo el cielo estrellado de Terracina, en el verano de 1987, le conté mi aún incipiente historia a mi esposa. Al igual que hoy, sentía una gran admiración por aquellos autores para los que la investigación y las cualidades literarias son dos valores indivisibles y, gracias a esta historia, logré convencerla de que valía la pena seguir adelante en cuanto tuviera tiempo para ello.

Tuvieron que pasar casi ocho años hasta que este proyecto dio sus primeros frutos.

En el camino, he llegado a estar en deuda con el fideicomiso de Treschow, que me concedió una beca de viaje a Friburgo de Brisgovia, lugar en el que se desarrolla gran parte de la trama de mi novela, con la biblioteca militar de Friburgo y con el jefe de archivos, el doctor Ecker, del Archivo de la Villa de Friburgo.

Desde entonces, mi esposa, Hanne Adler-Olsen, ha sido mi incansable musa y crítica y ha alimentado mi fidelidad a mis ambiciones más antiguas.

Durante la lectura que han realizado mis sabios amigos Henning Kure, Jesper Helbo, Tomas Stender, Eddie Kiran, Cari Rosschou y, ante todo, mi hermana Elsebeth Waehrens y mi madre Karen-Margrethe Olsen, el libro ha experimentado diversos procesos de profundización y reducción, durante los cuales todos los elementos que lo componen han sido evaluados y repasados hasta la extenuación, para al fin alcanzar la forma que yo había deseado que tuviera.

Establecí contacto con la editorial Cicero gracias a la mediación del asesor editorial Ole Stender.

JUSSI ADLER-OLSEN

Al final del libro hay dos apéndices, uno sobre la clasificación de los hombres que debían cumplir el servicio militar y que se usaba durante la época del nazismo, y un segundo sobre la jerarquía militar de las SS.

PRIMERA PARTE

1

No hacía el mejor tiempo del mundo. Vientos fríos y pésima visibilidad. Excepcionalmente crudo para un día del mes de enero inglés.

Los tripulantes norteamericanos llevaban ya algún tiempo en las pistas de aterrizaje cuando apareció el inglés larguirucho y se acercó al grupo. Todavía no estaba del todo despierto.

Detrás del primer grupo de pilotos asomó la cabeza de un hombre que lo saludó con un gesto de la mano. El inglés le devolvió el saludo y bostezó sonoramente.

Tras una larga temporada de expediciones nocturnas, resultaba difícil volver a darle la vuelta al día y a la noche. El día se haría interminable.

En lo más alejado de la zona, los aviones se iban desplazando lentamente hacia la parte sur de las pistas de despegue, lo que significaba que pronto el aire se colmaría de ruidos y aviones.

La sensación era, a la vez, deliciosa y abrumadora.

El aviso de la misión provenía del despacho del general de división Lewis H. Brereton, de Sunning Hill Park. En la orden solicitaba el apoyo británico al comandante en jefe de la RAF, el mariscal de aviación Harris. Los norteamericanos seguían impresionados por los Mosquitos británicos, que durante los ataques nocturnos de noviembre sobre Berlín habían descubierto el secreto mejor guardado de los alemanes: las instalaciones bombarderas V-1 de Zemplin.

La selección de la tripulación había sido confiada al teniente coronel Hadley-Jones que, a su vez, encomendó las tareas prácticas a su colaborador, el comandante de aviación John Wood.

Su misión era seleccionar a doce tripulaciones británicas; ocho grupos de instrucción y cuatro tripulaciones de apoyo con tareas especiales de observación bajo las flotas aéreas norteamericanas 8 y 9.

Para este propósito se equiparon unos P-51D, cazabombarderos de doble asiento, con aparatos Meddo e instrumental óptico de gran sensibilidad.

Hacía apenas dos semanas que habían seleccionado a James Teasdale y a Bryan Young para que formaran la primera tripulación que debía probar este material bajo lo que venía a denominarse «condiciones normales». Dicho en pocas palabras, podían esperar volver a entrar en combate.

El ataque estaba programado para que tuviera lugar el 11 de enero de 1944. El objetivo de los convoyes de bombarderos serían las fábricas de aviones de Oschersleben, Braunschweig, Magdeburgo y Halberstadt.

Ambos habían protestado por la interrupción de su licencia navideña. Todavía estaban cansados tras los combates.

—¡Dos semanas para ponerse al corriente de esta diabólica máquina! —suspiró Bryan—. Si no sé absolutamente nada de esos pajarracos... ¿Por qué no tripula el Tío Sam sus propias baratijas?

John Wood estaba de espaldas a los dos, inclinado sobre la documentación:

—¡Porque os quieren a vosotros!

—¿A eso llamas tú un argumento válido?

—Sabréis responder a las expectativas de los norteamericanos y salvaréis el pellejo.

—¿Nos lo garantizan?

—¡Sí!

—¡Dile algo, James! —Bryan se dio la vuelta encarando al amigo.

James se llevó la mano a la bufanda y se encogió de hombros. Entonces Bryan se sentó.

No había nada que hacer.

La operación estaba programada para durar poco más de seis horas. La totalidad de la fuerza, que comprendía 650 bombarderos de cuatro motores de la octava flota aérea norteamericana escoltados por cazas de larga distancia P-51, debía bombardear las fábricas de aviones.

Durante el ataque, el avión de Bryan y James debería abandonar la formación.

Según rumores insistentes, durante los últimos dos meses se había observado una creciente afluencia de albañiles, ingenieros y técnicos altamente especializados, así como un torrente de obreros forzados de origen polaco y soviético que se dirigían hacia Lauenstein, al sur de Dresde.

Los servicios de inteligencia habían recibido noticias según las cuales se estaban desarrollando trabajos de construcción en la zona, aunque no se sabía qué estaban edificando. Las conjeturas que se hicieron entonces parecían indicar que podía tratarse de fábricas para la producción de combustible sintético, y si resultaban ser ciertas, eso significaría una catástrofe para los intereses británicos, pues daría alas a los alemanes a la hora de llevar a cabo su proyecto de desarrollar nuevas bombas volantes.

Por estas razones, la misión de Bryan y James consistía en fotografiar y levantar planos de esa zona, así como de la red de ferrocarriles de Dresde, de manera tan exacta, que la información del servicio de inteligencia pudiera ser actualizada. Una vez realizada la misión deberían volver y unirse al convoy aéreo, que los llevaría de vuelta a Inglaterra.

Muchos de los norteamericanos que participarían en el ataque eran curtidos guerreros del aire y, a pesar de las heladas y del inminente acontecimiento, estaban echados directamente

sobre la tierra cubierta de blanco y helada que algunos osaban llamar pista de aterrizaje. La mayoría charlaban como si les aguardara un baile o como si estuvieran en sus casas tumbados en el sofá, pasando el rato tranquilamente en una tarde de domingo. Aquí y allá había alguno que otro con los brazos cruzados alrededor de las rodillas y la mirada perdida. Eran los nuevos e inexpertos que todavía no habían aprendido a olvidar los sueños y a reprimir el miedo.

El inglés, sorteando a los pilotos dispersos por la pista, se dirigió hacia su compañero, que estaba totalmente estirado en el suelo, con la cabeza apoyada sobre los brazos.

Bryan dio un respingo al notar una ligera patada en el costado.

Los copos de nieve se deslizaban por sus rostros, posándose sobre narices y cejas. Las nubes se cernían amenazantes formando olas oscuras. Esa campaña iba a ser muy distinta de las que habían realizado de noche.

El asiento vibraba ligeramente bajo el cuerpo de Bryan.

El espacio aéreo que los rodeaba estaba saturado de los reflejos de los radares de los aviones del convoy. Cada uno de los ecos sonaba preciso y distinto de los demás.

Más de una vez, durante los entrenamientos, habían bromeado sobre la posibilidad de repintar los cristales del avión y dejarse guiar únicamente por los instrumentos, tan fiable era aquel equipo.

Una broma que bien podrían haber hecho realidad en esa expedición, pues la visibilidad ofrecía, según palabras de James, «la misma claridad que una sinfonía de Béla Bartók». Los limpiaparabrisas y el morro irrumpían entre las masas de nieve; no veían nada más.

Habían estado en desacuerdo; no sobre la locura de cambiar de servicio y de avión en un plazo tan corto, sino acerca de los motivos de John Wood. Según él, su designación se debía a que eran los mejores, afirmación que James había aceptado sin rechistar.

Bryan se lo había echado en cara. No cabía la menor duda de que John Wood los había elegido porque James jamás se oponía a nada estando de servicio. Era evidente que esa operación no había dado lugar a la polémica por una sencilla razón: porque no había habido tiempo para nada.

Los reproches irritaban a James. Tal como estaban las cosas, ya tenían más de qué preocuparse. Se trataba de una expedición larga y el instrumental era nuevo. Hacía un tiempo de mil demonios. En cuanto hubieran abandonado la formación, nadie los apoyaría. Si la hipótesis de los servicios secretos era correcta, y los alemanes realmente estaban construyendo fábricas importantes para sus intereses, el objetivo estaría muy vigilado. Sería ardua tarea volver a Inglaterra con imágenes de la zona.

Sin embargo, James tenía razón. Alguien tenía que hacerlo. Además, esa incursión no podía ser muy distinta de las ya realizadas sobre Berlín.

Y seguían vivos.

Bryan estaba sentado tranquilamente en el asiento trasero, realizando su tarea de forma impecable. Poco a poco, las vibraciones iban aplastándole el cabello, que llevaba peinado hacia atrás. El peinado de Bryan era su rasgo distintivo; recién peinado, parecía casi tan alto como James.

Entre las cartas y los instrumentos de Bryan había una fotografía de una chica del cuerpo auxiliar femenino, Madge Donat. Para ella, Bryan era un adonis.

Y se había arrimado a Bryan hacía ya tiempo.

Como si siguiera el compás imperioso de la batuta de un director de orquesta, el fuego antiaéreo alemán inició la obertura de descargas contra los primeros aviones que aparecieron sobre Magdeburgo. Unos segundos antes, James había previsto el fuego de barrera y había avisado a Bryan, y entonces habían desviado el rumbo. A partir de ese momento y durante una hora que se les hizo eterna, estuvieron a merced del diablo, desprotegidos y solos.

–Si me obligas a bajar aún más, rascaremos el culo de esta maldita máquina, James –dijo Bryan, malhumorado, veinte minutos más tarde.

–¡Tu lenguaje haría que nuestras viejas y distinguidas escuelas se retorciera de indignación, Bryan! Si nos quedamos a doscientos pies de altitud, no vas a conseguir plasmar nada en tus fotografías.

James tenía razón. Nevaba sobre el objetivo, pero los golpes de viento levantaban los copos del suelo. Si se acercaban lo suficiente, encontrarían huecos por los que hacer las fotografías.

Desde que se habían desviado del mar de llamas que cubría Magdeburgo, nadie se había interesado por su presencia. Por lo visto, nadie había reparado todavía en ellos y Bryan haría todo lo que estuviera en sus manos para que las cosas siguieran así.

A sus espaldas se habían estrellado muchos aviones, demasiados. En medio del estruendo, James le había gritado a Bryan que había visto cazas alemanes disparando unos artefactos que parecían cohetes. Un breve destello seguido de una explosión absolutamente devastadora.

«La Luftwaffe no vale una mierda», había proferido con alboroto la noche anterior un piloto norteamericano con una amplia sonrisa de Kentucky que le atravesaba la cara. Tal vez a esas alturas ya habría experimentado personalmente algo bien distinto.

–¡Y ahora, 138 grados hacia el sur! –Bryan seguía el mar de nieve que tenía debajo–. Allí abajo puedes distinguir la carretera principal desde Heidenau. ¿Ves ahora el cruce? Bien, pues sigue el brazo que atraviesa la loma.

La velocidad había bajado a apenas 125 millas por hora, lo que, con el tiempo que hacía, provocaba unos zumbidos amenazadores.

–Aquí debes cruzar la carretera zigzagueando, James, Pero ¡ten cuidado! Algunos de los repechos meridionales pueden ser muy empinados. ¿Ves algo?, creo que el trecho hacia Geising ofrece buenas posibilidades.

–No veo nada, salvo que la carretera parece bastante ancha. ¿Para qué una carretera tan ancha en un sitio tan desierto?

–Estaba pensando lo mismo. ¿No podrías virar hacia el sur ahora? ¡Mira esos árboles! ¿Ves lo espesa que es la vegetación?

–¿Quieres decir que se trata de una red de camuflaje?

–Tal vez. –Si habían construido fábricas allí, por fuerza tenían que haberlas enterrado en las laderas. Bryan no se fiaba; en cuanto hubieran descubierto una instalación así, los terraplenes no ofrecerían suficiente protección en caso de intensos bombardeos de precisión–. ¡Es una trampa, James! No hay nada que indique que estén construyendo por aquí.

Dado el caso, habían recibido órdenes de dirigirse hacia el norte siguiendo las vías del tren a Heidenau, desviarse en dirección oeste hasta llegar a Freital y seguir de nuevo las vías hacia Chemnitz; después deberían seguir adelante hasta alcanzar la línea de ferrocarril que iba a Waldheim, donde tomarían rumbo hacia el norte y luego hacia el noreste. Debían fotografiar minuciosamente toda la red; eso era lo que habían pedido los rusos. Las tropas soviéticas presionaban como locas en torno a Leningrado y amenazaban con arrollar el frente alemán. En su opinión, el nudo ferroviario alrededor de Dresde era el cordón umbilical de los alemanes. Hasta que no se cortara ese nudo, no les faltarían los suministros a las divisiones alemanas del frente oriental. La cuestión era, sin embargo, en cuántos puntos habría que cortar para considerar la acción suficientemente eficaz. Bryan echó un vistazo a la vía férrea que se extendía a sus pies.

En las fotos que estaba tomando no se vería más que unas vías desnudas, cubiertas por la nieve.

El primer estampido llegó sin previo aviso, increíblemente violento, desde la cola, apenas a medio metro del asiento de Bryan. Antes de que hubiera tenido tiempo de darse la vuelta. James ya estaba obligando al avión a subir en una aceleración vertical. Bryan sujetó el gancho del mosquetón al asiento y notó cómo el aire tibio de la cabina era aspirado hacia afuera.

El desgarró sufrido en el fuselaje era del tamaño de un puño; el agujero de salida en el techo, como un plato. Los había alcanzado un proyectil solitario de un cañón antiaéreo de pequeño calibre.

Conque, finalmente, habían pasado algo por alto.

El chirrido del motor durante la brusca ascensión les impedía evaluar si los alemanes seguían disparando.

—¿Es grave allí atrás? —gritó James haciendo un gesto de satisfacción al escuchar la respuesta—. ¡Ahora empieza la función!

En ese mismo instante, hizo un rizo completo, ladeó el avión ligeramente y lo dejó caer en barrena. Unos segundos después, los cañones del Mustang empezaron a repiquetear. Varias bocas de fuego los señalaban directamente mostrándoles el camino.

En el centro del mar de llamas había algo que los alemanes no querían que vieran bajo ningún concepto.

James hizo que el avión se meciera de un lado a otro en un vaivén desconcertante, mientras el personal de la artillería antiaérea intentaba alcanzarlos. Nunca vieron los cañones, pero el estrépito era inconfundible. El Flakzwillig 40 emitía un zumbido característico y espeluznante.

Cuando se hallaban muy cerca del suelo, James enderezó el avión bruscamente. Era su última oportunidad. La zona tenía un ancho de entre una milla y media y dos. La mano de Bryan tenía que ser muy segura para poder tomar alguna foto.

El terreno desapareció bajo el avión. Cuadrados grises y torbellinos azules se alternaban con copas de árboles y edificios. Unas grandes alambradas rodeaban la zona que sobrevolaban con gran estruendo. Varias torres de vigilancia descargaron fuego de ametralladora sobre ellos. Era en este tipo de campos donde se mantenía en cautiverio a los obreros forzados. Los proyectiles trazadores, lanzados en densas descargas desde la espesura de un bosque que apareció frente a ellos, hicieron que, instintivamente, James bajara el avión aún más y se dirigiera directamente hacia los árboles. Muchas de las descargas de los cañones iban a dar en lo más profundo del bosque, entre los troncos, y hacían enmudecer la resistencia.

Entonces, James rozó las copas de los abetos y dejó que el avión se deslizara directamente sobre una enorme masa grisácea

de red de camuflaje, muros, vagones de tren y montones dispersos de mercancías. Bryan tenía donde escoger para sus fotografías. Pocos segundos después, volvieron a tomar altura y desaparecieron del lugar.

—¿Todo bien? —preguntó James.

Bryan asintió, le dio una palmada en el hombro y rezó para que los cañones que sobrevolaban fueran sus únicos enemigos.

Pero no fue así.

—¡Está pasando algo raro aquí, Bryan! Si te incorporas, podrás verlo. ¡Es la cubierta protectora del motor! ¡Lo ves?

No era difícil darse cuenta. Una punta de la chapa se había soltado y se había erguido en el aire. Si había sido el picado, un proyectil o la onda expansiva lo que había arrancado el triángulo, ahora no importaba. Se mirara por donde se mirase, aquello era una catástrofe.

—Vamos a tener que reducir mucho la velocidad, Bryan. Te das cuenta, ¿verdad? Hay pocas posibilidades de que podamos volver con el convoy.

—¡Haz lo que te parezca mejor!

—Seguiremos las vías del tren. Si han enviado cazas detrás de nosotros, probablemente crean que nos dirigimos directamente hacia el oeste. Tú te encargarás de vigilar el espacio aéreo a nuestro alrededor, ¿de acuerdo?

El viaje de vuelta iba a resultar interminable.

El terreno que sobrevolaban se iba haciendo cada vez más llano. En un día despejado podrían haber visto el horizonte dibujándose a su alrededor. De no haber sido por la tormenta, se les podría haber oído a varias millas de distancia.

—¿Cómo demonios piensas que vamos a volver, James? —dijo Bryan en voz baja.

No valía la pena echar un vistazo al mapa; sus posibilidades eran mínimas.

—Tú límitate a vigilar la pantallita que tienes delante, no puedes hacer nada más —se oyó desde el asiento delantero—. Creo que la tapa no se desprenderá, siempre y cuando mantenamos la velocidad de marcha.

–Es decir, siempre que mantengamos el camino más corto de vuelta.

–¡Rodeando Chemnitz por el norte! ¡Sí, gracias, Bryan!

–¡Estamos locos!

–¡Nosotros, no, es lo que nos toca hacer!

La línea de ferrocarril que sobrevolaban no era un tramo lateral de segundo orden. Antes o después aparecería un tren de municiones o de transporte de tropas. Unos pequeños cañones de tubo doble fáciles de ajustar o unos cañones antiaéreos Flak 38 de 20 mm podían acabar con ellos rápidamente. Y luego estaban los Messerschmidt. Una presa fácil, podría decirse; lucha cuerpo a cuerpo y derribo, así de breve sería el informe.

Bryan estaba considerando proponerle a James que ellos mismos pusieran el avión en el suelo, antes de que lo hiciera el enemigo. Su táctica era sencilla y práctica: el cautiverio era preferible a la muerte.

Posó la mano sobre el antebrazo de James y lo sacudió ligeramente.

–Nos han descubierto, James –dijo con voz queda. Sin que mediara comentario alguno, James empezó a descender.

–Naundorf a proa. ¡Ahora debes poner rumbo al norte...!

–Bryan tan solo podía apreciar al enemigo como una sombra sobre el avión–. ¡Ya está! ¡Ya lo tenemos aquí, James! ¡Justo encima de nosotros!

James elevó el avión del suelo de un único y violento tirón.

Todo el aparato vibró con quejidos durante la aceleración. La repentina ascensión hizo que la cabina se vaciara de aire por culpa de la succión producida a través del agujero que había en el fuselaje detrás del asiento de Bryan. Incluso antes de que este hubiera divisado el objetivo, empezaron a sonar los cañones de James. Una descarga inexorable en el vientre paralizó al Messerschmidt al instante. La explosión fue mortífera.

El piloto nunca alcanzó a entender lo que le había sobrevenido.

Se oyeron varios estampidos que Bryan no pudo localizar y de pronto se encontraron planeando en el aire. Bryan fijó la mirada en la nuca de James, como si esperara alguna reacción específica. El soplo que entraba por el cristal delantero hecho añicos era testimonio de que el triángulo de la cubierta protectora del motor se había desprendido durante la brusca ascensión. James meneó la cabeza ligeramente y no dijo nada.

Entonces cayó hacia adelante, con el rostro ladeado.

El estruendo del motor creció. Todas las juntas temblaron emitiendo ruidos amenazadores al compás de los rebotes que hacía el avión al atravesar las distintas capas de aire. Bryan tiró del cinturón de seguridad que lo apresaba y se arrojó sobre James, agarró la palanca de mando y tiró de ella hacia el cuerpo sin vida.

Un delta de pequeños regueros de sangre se deslizó por la mejilla de James señalando la causa. Sobre y delante de la oreja se abrían dos largas brechas superficiales. La pieza de metal le había alcanzado en la sien y le había desgarrado gran parte del lóbulo de la oreja.

Sin previo aviso, se desprendió con estruendo un pedazo más de la cubierta del morro y rodó por el ala izquierda. Un crujido anunció que aún no se había acabado. Entonces, Bryan tomó la decisión por los dos y liberó a James de un tirón.

Como en una explosión, se desprendió la cúpula de la carlinga y la succión arrancó a Bryan del asiento. En medio del ulular del viento helado, Bryan agarró a James por debajo de las axilas y lo arrastró fuera, hasta el ala, donde un viento desgarrador azotó sus cuerpos. En ese mismo instante, el avión desapareció bajo sus pies. La sacudida en el espacio hizo que Bryan soltara a James que, laxo, cayó al vacío. Como un muñeco de trapo, su cuerpo flotó en el aire, frenado por el viento. Entonces se le abrió su paracaídas. El aleteo de los brazos le hacía parecer un pajarito que emprende su primer vuelo.

Los dedos de Bryan eran como témpanos de hielo cuando tiró de la anilla de su paracaídas. En el momento que oyó el chasquido de la tela abriéndose sobre su cabeza, los disparos que llegaban de la tierra crepitaron enviando débiles destellos traicioneros a través del velo de nieve.

El avión dio un bandazo y se precipitó al vacío por detrás de ellos. Si salían a buscarlos, tendrían que emplearse a fondo. Hasta que eso ocurriera, Bryan debería concentrarse para que James, una pequeña bola gris que no paraba de dar bandazos, no desapareciera de su campo visual.

La tierra se acercó a Bryan con una fuerza inusitada y brutal. Los surcos del arado se perfilaban como zanjas de hormigón en la tierra dura y helada. Mientras todavía se encontraba echado en el suelo, intentando recuperar el aliento, el viento volvió a llenar la tela del paracaídas y lo arrastró por encima de los montículos de tierra, que desgarraron su mono de piloto. La nieve suelta había creado nuevos surcos de hielo antes de que Bryan hubiera siquiera alcanzado a notar el dolor.

Bryan vio cómo el cuerpo de James chocaba contra el suelo. Fue una visión terrorífica, como si la parte inferior de su cuerpo se hiciera añicos.

Contra todos los reglamentos, Bryan dejó que el viento se llevara el paracaídas y se dispuso a cruzar los surcos con pasos renqueantes. Algunas estacas demarcaban lo que había sido un corral. Los caballos habían desaparecido, sacrificados hacía ya tiempo. El paracaídas de James se había enganchado entre la corteza y la madera de uno de los postes. Bryan echó un vistazo a su alrededor, todo estaba en silencio. Entre las cascadas de nieve recién caída que lo azotaban, Bryan consiguió agarrar con las dos manos la tela danzante del paracaídas, y se dejó guiar por los tirones regulares de las cuerdas para alcanzar a James.

Tuvo que propinarle tres empujones hasta que consiguió darle la vuelta y ponerlo de costado. La cremallera cedió a reñadientes. Las puntas de los dedos helados de Bryan se

abrieron paso entre las bastas prendas de vestir de su amigo. El calor que encontró le produjo dolor más que otra cosa.

Bryan contuvo la respiración hasta que sintió el pulso débil del compañero.

Cuando finalmente el viento se hubo calmado, la ventisca también había cesado. De momento todo estaba en calma.

James había empezado a resollar débilmente cuando Bryan lo arrastró hacia una espesura del bosque. Las copas de los árboles eran transparentes. Alrededor de los troncos se amontonaban los despojos de varias generaciones de tormentas prometiendo abrigo y cobijo. Tanta leña desaprovechada solo podía significar que no vivía nadie cerca de allí, se dijo Bryan.

—¿Qué dices? —inquirió una voz proveniente del cuerpo que se dejaba arrastrar a través de la alfombra de nieve.

Bryan se postró de rodillas y levantó la cabeza de James posándola cuidadosamente en su regazo.

—James, ¿qué ha pasado?

—Pero ¿es que ha pasado algo? —Los ojos de James todavía no estaban abiertos del todo. Miró a Bryan y luego dejó vagar la mirada por el espacio sobre su cabeza. Entonces la giró, dirigiéndola hacia el terreno negruzco que acababan de abandonar—. Dios mío, ¿dónde estamos?

—Nos estrellamos, James. ¿Estás herido?

—¡No lo sé!

—¿Notas las piernas?

—Están heladas.

—Pero ¿las sientes, James?

—Que sí, joder, ¡ya te he dicho que están heladas! ¿Qué lugar desierto es este al que me has arrastrado?